



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Millar Carvacho, René
Recepción de Lacunza en Chile
Anuario de Historia de la Iglesia, núm. 11, 2002, pp. 129-140
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35501113>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Recepción de Lacunza en Chile

René MILLAR CARVACHO

En primer lugar hay que señalar que las propuestas milenaristas de Lacunza nunca han tenido en Chile una repercusión significativa a nivel popular y, al igual que en otras partes, su influencia se ha limitado a círculos eclesiásticos e intelectuales. Es posible que ese fenómeno se explique, como lo plantea Mario Góngora, por el carácter mismo de la obra del jesuita, que no contiene propuestas que sirvan para despertar la imaginación de los sectores populares. Por el contrario, al decir de dicho autor, los planteamientos utópicos de Lacunza tienen un viso racionalista que les resta atractivo para el común de la población¹.

Pero si bien el utopismo de Lacunza no ha logrado penetrar en la fantasía popular, sí ha resultado atractivo y ha despertado interés en miembros del clero y en algunos estudiosos, ya sea para criticarlo o defenderlo. Lo curioso es que cada cierto tiempo el milenarismo lacunciano reaparece de cara a la opinión pública, a través de artículos y libros, haciendo que se mantenga vivo el interés en torno a él. ¿Cuál es la razón de esa vitalidad en los ámbitos mencionados? No resulta fácil explicar el fenómeno, pero sin duda que influyen las cualidades de la obra misma, su carácter controvertido y sobre todo el interés universal que ella despertó. De hecho es la obra erudita escrita por un autor chileno que mayor repercusión ha tenido a nivel mundial y en consecuencia Lacunza ha pasado a ser la figura intelectual nacional de más trascendencia. Esa sería, a nuestro juicio, la circunstancia que explica por qué el milenarismo de Lacunza es un tema recurrente en ciertos ámbitos que van más allá de lo religioso.

En relación con las repercusiones de la obra de Lacunza en Chile podemos distinguir cuatro períodos. El primero correspondería a la recepción de *La Venida*

1. Manuel LACUNZA, *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, selección, prefacio y notas de Mario Góngora, Editorial Universitaria, Santiago 1969, Prefacio, pp. 14-15.

del Mesías entre las décadas de 1790 y 1820, es decir al período comprendido entre los años inmediatamente posteriores al término de la obra y los que concluyen con la edición inglesa de 1826. El segundo sería el que se extiende entre el primer centenario de la muerte del autor y fines de la década de 1910. El tercer período es el de los años treinta y cuarenta, que tiene como protagonista al padre Salas y sus discípulos. El último es el que se extiende desde la década de 1950 hasta el presente. En cada uno de esos períodos, las razones que tienen aquellos que se interesan por la obra de Lacunza son diferentes y responden a criterios que en algunos casos son absolutamente contrapuestos. En consecuencia, no es extraño que Lacunza fuese interpretado en ciertos casos en clave conservadora y en otros en liberal o incluso bajo el prisma de la teología de la liberación.

1. *Repercusiones de la obra de Lacunza en sus contemporáneos*

La Venida del Mesías en Gloria y Majestad se conoció en Chile por copias manuscritas antes de que fuera editada furtivamente por primera vez en Cádiz en 1812. Algunas de ellas fueron traídas por el amanuense de Lacunza e incluso el mismo mandó una a un amigo².

Entre los chilenos residentes en el país que en un primer momento figuran relacionados con la obra de Lacunza, además del amanuense, se encuentra el canónigo de la catedral de Santiago y vicario capitular José Antonio Martínez de Aldunate. Este personaje, en el desempeño de ese cargo, contribuyó a consolidar en el país la devoción del Sagrado Corazón de Jesús y merced a su amistad con Lacunza, que actuó en Roma como mediador, obtuvo del Papa que se le concediese al clero de la diócesis el oficio litúrgico y la misa correspondiente a dicha devoción³. En consecuencia, todo parece indicar que la posesión por parte de Martínez de Aldunate de la obra de Lacunza no obedece a una preocupación especial por ese tipo de temas sino que más bien sería consecuencia de la relación de amistad entre ambos personajes.

Otro de los que aparece relacionado con la temprana circulación de la obra de Lacunza es Ignacio Andía y Varela, quien poseía un ejemplar que el mismo ha-

2. Francisco HENRICH, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Barcelona 1981, t. II, p. 458; Alfred-Félix VAUCHER, *Une célébrité oubliée Le P. Manuel de Lacunza y Díaz (1731-1801)*, Collonges-sous-Salève 1968, p. 158. Fuera de esas copias, en Madrid, la revista *Razón y Fe* poseía otra en la que figuran las iniciales de dicho amanuense, ver F. MATEOS, *El Padre Manuel de Lacunza y el Milenarismo*, en «Revista Chilena de Historia y Geografía», 115 (1950) 147.

3. Javier GONZÁLEZ, *José Antonio Martínez de Aldunate*, en *Episcopologio chileno 1561-1815*, Ediciones Universidad Católica, Santiago 1992, t. IV, p. 607.

bía copiado. Este personaje era primo hermano de Lacunza y el que se haya dado el trabajo de transcribir el texto se explica debido a que por años se desempeñó como secretario de altas autoridades del reino en virtud de sus dotes de calígrafo. En San Felipe, en donde residía debido a su trabajo burocrático, se dedicó a leer la obra de su primo, decidiendo finalmente copiarla con el cuidado y prolijidad cultivada en sus años de calígrafo⁴. Pareciera que su relación con la obra de Lacunza tiene un carácter más bien afectivo, vinculado a su relación de parentesco.

También circuló en Santiago un resumen del libro, de autor desconocido, que tiene por fecha el año 1803⁵. El manuscrito tiene 27 páginas y está estructurado en 40 párrafos y dos partes. En la primera se refiere a la forma como se organiza la obra. Comienza diciendo que el autor se figura que un rabino convertido al cristianismo le explica a un sabio católico la Biblia en sentido literal. En ese proceso le «hace ver que hay dos venidas del Mesías a la tierra». Una, a pasar los trabajos y miserias que culminan en el rechazo por parte de la Sinagoga y en su muerte; «y la otra, en gloria y majestad a reinar en la tierra, reuniendo todas la Tribus de Israel perdidas». El extracto, si bien es un tanto confuso, permite formarse una idea acerca de las tesis contenidas en el libro de Lacunza. De dicho resumen se desprende que el autor era un admirador de la obra, como lo refleja la defensa que hace de la verosimilitud de la profecía referente a la corrupción de la corte romana.

El primer escrito que motivó la obra de Lacunza ya impresa corresponde al elaborado por Judas Tadeo Reyes en 1820. Este personaje, nacido en Santiago en 1756, se había desempeñado por más de treinta años como secretario de los diferentes gobernadores a partir de Ambrosio de Benavides. Estrecheces económicas derivadas de su temprana orfandad le impidieron obtener grados universitarios. Sin embargo, merced a su gran inteligencia, a su inclinación al estudio, a sus cualidades como calígrafo, a su rigorismo ético, lealtad, eficiencia y buen criterio, se transformó en un colaborador indispensable para quienes ejercían el cargo más importante del reino. Siempre dio muestras de una profunda fe religiosa, al mismo tiempo que expresaba una lealtad a toda prueba hacia el monarca. Era un hombre conservador, enemigo de las novedades, funcionario y defensor del Tribunal de la Inquisición y contrario a los movimientos revolucionarios que desembocaron en la Independencia. Su posición política le llevó al exilio en Lima, en donde para ocupar su tiempo y amortiguar los desagrados se dedicará a leer y a preparar diversos escritos de carácter religioso⁶.

4. Jaime EYZAGUIRRE, *Viejas imágenes*, Editorial Difusión, Santiago 1947, pp. 43-75.

5. Fue publicado por Emilio VAISSE en «Revista Chilena de Historia y Geografía», 18 (correspondiente al segundo semestre de 1915) y su original está en Archivo Nacional de Chile.

6. Miguel Luis AMUNÁTEGUI REYES, *Don Antonio García Reyes i algunos de sus antepasados, a la luz de documentos inéditos*, Santiago, 1929, vol. I, pp. 47-288.

De las obras que escribió en Lima, la más significativa fue la que elaboró para rebatir el libro de Lacunza. Le puso por título *Impugnación a la obra del P. Lacunza sobre el Reino Milenario titulada La venida del Mesías en gloria y majestad*. Dada la mentalidad de Judas Tadeo Reyes, muy contraria a las ideas novedosas y polémicas, al tiempo que terco defensor de la ortodoxia católica, era lógico que considerara peligrosas las doctrinas que exponía Lacunza. No puede omitirse que en 1812 el ex secretario de la presidencia escribía un panegírico de la Inquisición. En ese escrito junto con justificar la existencia de dicha institución mostraba su preocupación por el avance de las ideas impías y hacía un llamado para que, dados los tiempos que se vivían, se estuviera atento a desenmascarar a los enemigos internos de la Iglesia⁷.

El texto manuscrito de Judas Tadeo Reyes tiene 155 páginas, está dividida en 246 párrafos y consta de una introducción, una parte central con tres capítulos, conclusión, anexos y epílogo. Como el mismo lo señala, no pretende efectuar una crítica a toda la obra de Lacunza sino a su aspecto esencial, que está contenido en el capítulo quinto. Manifiesta también, que decidió efectuar la impugnación por tratarse de una obra mandada recoger por edicto de la Inquisición de España, publicado en las iglesias de Lima en 1820. Pero sobre todo lo que lo motivó fue «el estilo y la novedad de su asunto, que son seductivos y le han granjeado partido en el público antes de haberse examinado con circunspecto estudio»⁸. A su juicio, era «necesario combatir cualquier error ahora más nunca con entereza sin que se deje adormecer el celo religioso».

Relación directa con la *Impugnación*, tienen las cartas del Vicario Apostólico, monseñor Juan Muzi, y de su secretario José Sallusti que en 1824 enviaron a Judas Tadeo Reyes felicitándolo por la refutación que hace de las «perniciosas novedades» que expone el exjesuita. El Vicario, que dice haber leído la obra de Lacunza, aplaude la defensa que Reyes hace «de la antigua regla de interpretación de las Sagradas Escrituras» y estima inexplicable que «un hombre verdaderamente católico, so pretexto de seguir el sentido literal de la S. Escritura, eliminar el sentido espiritual». Por su parte, el secretario Sallusti se refiere en términos también elogiosos hacia Judas Tadeo Reyes y censura con dureza a Lacunza «por el desprecio que hace de la Iglesia Romana y de los Santos Padres, atreviéndose a decir que la primera es la Babilonia reprobada»⁹.

Una última manifestación relacionada con la receptividad de la obra de Lacunza en sus contemporáneos la encontramos en el caso de Fray José María Baza-

7. *Ibidem.*, pp. 190-191.

8. Una descripción referente al contenido del escrito, en Juan A. NOEMÍ CALLEJAS, *Judas Tadeo Reyes*, en «Anales de la Facultad de Teología», 27/2 (1976) 137s.

9. Emilio VAISSE, *El Lacunzismo. Sus antecedentes históricos y su evolución*, Santiago 1917, pp. 41-49. También, «Revista Chilena de Historia y Geografía», 23 (1917) 212-220.

guchiascúa. Natural de Cuyo, franciscano, profesor de teología en el Colegio de San Diego, en el Convento Máximo y en el Instituto Nacional. Comprometido desde muy temprano con los ideales de la Emancipación política, ejerció una fuerte influencia en toda una generación de jóvenes que se destacaron en la vida pública nacional. Bazaguchiascúa, en el prólogo a la edición que hizo de la obra milenarista de Fray Antonio Esquivel, titulada *Exposición chronohistórica de la Regla de Nuestro Padre San Francisco*, Santiago, 1820, se manifiesta partidario de una renovación espiritual a partir del evangelio. En ese texto, también hará referencias a la obra de Lacunza, a la que considera «justa, buena y útil» e inmerecidamente acusada de libertina, herética y perturbadora de la paz¹⁰.

A modo de conclusión de este apartado sobre el impacto inicial de la obra de Lacunza en Chile, habría que señalar en primer lugar, que ella se conoció aquí muy pronto, todavía en vida del autor y por cierto bastantes años antes que se imprimiera por primera vez en Cádiz. A Chile llegó precedida de gran fama y de su carácter polémico, lo que se aprecia tanto en el extracto como en la impugnación. Las copias manuscritas circularon merced a los compañeros de exilio de Lacunza y a sus amistades y todo parece indicar que no dejaron indiferente a los lectores, algunos de los cuales sintiéndose muy favorablemente impresionados por ella la recomendaron o estuvieron dispuestos a hacer circular un extracto de la misma. Otros la vieron como un peligro para la ortodoxia católica y partidaria de ideas novedosas y discutibles en un momento muy especial donde se estaba cuestionando demasiados principios y estructuras. Aunque son pocas las noticias específicas respecto a sus lectores queda la sensación de que causó revuelo y fue discutida, ya sea por las ideas que contenía, como por los comentarios y acogida que tuvo en otros lugares y también por tratarse de un autor chileno. Todo parece indicar, que sectores conservadores la vieron como un peligro para la ortodoxia religiosa y por el contrario, otros de inspiración liberal la consideraron valiosa y útil por ir contra interpretaciones tradicionales.

2. Lacunza en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX

Al extinguirse la generación contemporánea de Lacunza y la que vivía cuando aparecieron las primeras ediciones de *La Venida del Mesías*, el interés por ella disminuyó de manera radical. Por cierto que ese no fue el único factor, pues no se puede dejar de considerar el efecto negativo que tuvo para su circulación el

10. Maximiliano SALINAS, José María Bazaguchiascúa, en *Pensamiento Teológico en Chile. Contribución a su estudio. I. Epoca de la Independencia Nacional, 1810-1840*, en «Anales de la Facultad de Teología», 27/2 (1976) 88-98.

que hubiese sido incluida en el Índice de libros prohibidos¹¹. Lo cierto es que durante bastantes años sólo aparecieron referencias marginales a la obra, que a veces se utilizaron para fundamentar determinadas posiciones doctrinarias o políticas. En todo caso la mayoría de los autores que se refieren a Lacunza y su obra en la segunda mitad del siglo XIX lo hacen en términos más bien críticos, pero siempre reconociendo las dotes y erudición del autor¹².

El centenario de la muerte de Lacunza sirvió de punto de partida a los estudios que realizará el sacerdote Miguel Rafael Urzúa; sin embargo, habrá que esperar hasta la década de 1910 para que se reactive el interés en torno al milenarismo lacunciano. En 1911 se publicó en Roma y en latín la obra póstuma del presbítero Rafael Eyzaguirre, titulada *Apocalipseos interpretatio literalis ejusque cum aliis libris sacris concordantia*. Siguiendo un determinado método de interpretación de las escrituras, comenta el Apocalipsis de manera sistemática para mostrar qué profecías se habían cumplido y cuáles esperaban su realización. Entre éstas señala la conversión de los judíos, el triunfo de Cristo sobre Satanás, el establecimiento del reino milenario, la pérdida de la religiosidad y la resurrección general y el juicio final. Esas tesis reflejan una influencia más o menos clara de Lacunza, aunque Eyzaguirre critica su interpretación de la bestia del Apocalipsis¹³.

En esos años se publicarán artículos y libros sobre el tema y se generará una viva polémica a través de las páginas de la *Revista Católica* y de algunos periódicos de Santiago. Los principales protagonistas de tales debates fueron el ya citado Miguel Rafael Urzúa, Olegario Lazo, Emilio Váisse y Ricardo Dávila. La polémica se generó a raíz de la publicación que hizo el primero de ellos de una conferencia dada en 1901 al cumplirse el primer centenario de la muerte de Lacunza y que la *Revista Católica*, en su oportunidad, había dejado inconclusa. En ella entrega diversos datos biográficos del autor, luego hace una breve síntesis de las ideas centrales de la obra, de las polémicas que generó y de la determinación que tomó en su contra la Congregación del Índice en 1824. Al respecto dice que ésta prohibió su lectura por pura cautela¹⁴.

11. La Inquisición de España expidió un edicto el 15 de enero de 1819 mandando recoger la obra de Lacunza. A Lima habría llegado en 1820 y al decir de Judas Tadeo Reyes se fijó en la puerta de las iglesias. Por su parte, la Congregación del Santo Oficio, en Roma, la incluía en el Índice en septiembre de 1824. Ver Ricardo DONOSO, *Prohibición del libro del Padre Lacunza*, en «Revista Chilena de Historia y Geografía», 135 (1967) 140 y 147.

12. José Ignacio Víctor EYZAGUIRRE en su *Historia Eclesiástica, política y literaria de Chile*, Valparaíso 1850, es uno de los pocos que emite opiniones favorables a la misma. Por su parte, Vicuña Mackenna, José Toribio Medina, Francisco Henrich y Pedro Nolasco Cruz destacan el esfuerzo y genio perdido que evidencia la obra.

13. José ARTEAGA, cit., pp. 217-219.

14. Miguel Rafael URZÚA, *El R.P. Manuel Lacunza (1731-1801). Su obra: «La venida del Mesías en gloria y majestad»*, en «Revista Chilena de Historia y Geografía», 11 (1914) 272-306 y 12 (1914) 129-151.

La edición de ese artículo en forma de folleto impulsó al presbítero Olegario Lazo, profesor del seminario de Santiago y con estudios en la Gregoriana de Roma¹⁵, a escribir una réplica que publicó en varios números de la *Revista Católica* durante 1915. Él, a diferencia de Urzúa, considera que dicha obra se prohibió por contener proposiciones poco exactas, erróneas, peligrosas, temerarias, falsas, escandalosas, injuriosas de la Iglesia Romana y de las mismas Escrituras, como en su momento lo sostuvieron los consultores que la censuraron. Finalmente trata de desvirtuar las tesis milenaristas de Lacunza utilizando para ello una interpretación de las Escrituras a partir del sentido de algunas palabras claves en griego helenístico¹⁶. La publicación de esta serie de artículos fue interrumpida por la *Revista Católica*.

También en 1915, el sacerdote francés y crítico literario Emilio Vaïsse publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* el «Extracto» de la obra de Lacunza que circuló en Santiago a comienzos del siglo XIX y que ya comentamos¹⁷. Pocos meses antes había escrito en *El Mercurio* una crítica muy favorable al trabajo publicado por Urzúa el año anterior. En esa oportunidad señaló: «El artículo... es interesante y no tan solo por la mucha luz que arroja, sino también por el denuedo con el que viene defendida la nobilísima obra del célebre jesuita chileno»¹⁸. Por su parte, el propio Rafael Urzúa publicó en 1917 un resumen de la obra de Lacunza de 560 páginas, que es considerado muy ajustado al original y la mejor síntesis existente hasta ese entonces. Dicho trabajo lo dedica al ex rector del Seminario de Santiago don Rafael Eyzaguirre, «vindicador del P. Lacunza en su magna obra: *Apocalipseos interpretatio litteralis*». A su vez, dice de la obra del exjesuita que es «una de las más admirables y fecundas producciones del entendimiento humano»¹⁹. El libro de Urzúa motivó una crítica de Emilio Vaïsse, quien, tomando ahora una postura diversa, dice, refiriéndose a la obra de Lacunza, que «no pasa de ser un cuadro de horrores, un semillero de herejías, un cardumen de insultos a la Iglesia y el más odioso ensalzamiento de los despreciables judíos sobre todas las naciones del orbe»²⁰. A esa polémica se sumó Ricardo Dávila, crítico literario del diario *La Nación* y especialista en literatura griega y latina, de tendencia liberal,

15. Raymundo ARANCIBIA SALCEDO, *Diccionario biográfico del clero secular chileno (1918-1969)*, Santiago 1969.

16. Olegario LAZO, *Lacunza y su Obra, por el Pbo. Miguel R. Urzúa*, en «Revista Católica», 18 (1915) 448-497; 569-578; 652-656 y 725-728; y 19 (1916) 50-54.

17. «Revista Chilena de Historia y Geografía», XIV/18, pp. 5-31.

18. «El Mercurio», 8 de febrero de 1915.

19. Miguel Rafael URZÚA, *Las doctrinas del P. Manuel Lacunza contenidas en su obra La Venida del Mesías en gloria y majestad*, Santiago 1917, p. 10.

20. Virgilio FIGUEROA, Biografía de Rafael Urzúa, en «Diccionario biográfico de Chile». También: «El Mercurio», 2 de abril, 1917.

quien rechaza la interpretación que Lacunza hace del Apocalipsis como profecía de los acontecimientos escatológicos y sostiene que aquel se refiere a los sucesos que vivió la Iglesia en tiempos de Nerón²¹.

De todos los debates anteriores resulta evidente que en la década de 1910 el tema del milenarismo lacunciano tuvo una importante presencia en ciertos círculos del país, como eran aquellos vinculados a sectores intelectuales laicos y a eclesiásticos con amplia formación teológica. De hecho será entre estos últimos donde se encuentre la mayoría de los polemistas más activos. No es claro el porqué se plantea durante esos años esa verdadera ebullición con respecto a Lacunza. Podría atribuirse por lo menos en parte al hecho de haberse cumplido en 1901 cien años de la muerte del autor. Es evidente que el punto de partida de la polémica fue la conferencia de Rafael Urzúa pronunciada aquel año, la que será editada completa en 1914. Posiblemente también pudo haber incidido el cambio de siglo, con todo lo que eso significa de aparición de inquietudes de tipo escatológico.

3. *La generación de los jóvenes católicos de los años treinta*

En la década de 1930 alcanzó notoriedad en Santiago una generación de jóvenes católicos, que en su mayoría habían estudiado en la Universidad Católica. Todos tenían fuertes inquietudes sociales y se sentían muy motivados por la doctrina social de la Iglesia expuesta en las Encíclicas *Rerum novarum* y *Quadragesimo anno*. Les había tocado vivir la depresión de 1930-1931 y sus efectos sociales, políticos y psicológicos los marcaron con intensidad. En general eran personas bastante excepcionales, que se habían destacado como estudiantes y dirigentes juveniles. La mayoría de ellos optó por participar en la vida política, para lo cual ingresaron al partido conservador, que era la colectividad que agrupaba a los sectores católicos. Entre esos jóvenes se destacaban las figuras de Bernardo Leighton, Eduardo Frei, Radomiro Tomic, Manuel Garretón e Ignacio Palma, entre otros.

Con todo, un grupo de ellos, más reducido, optó por mantenerse al margen de la política contingente y se negó a incorporarse al partido conservador, a pesar de las presiones que recibieron, incluso por miembros de la jerarquía eclesiástica. Estimaban que la actividad política podía desviarlos de su compromiso social, el que se fundaba en un acendrado espíritu religioso. Compartían esos ideales varios jóvenes profesionales, entre los que se encontraban Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, Armando Roa, Vicente Ahumada y Arturo Fontaine. Aspiraban a un perfeccionamiento de la vida espiritual, la que debía ser fuente y sustento de la acción so-

21. José ARTEAGA, cit., p. 221.

cial. Se veían como depositarios de una misión en medio de un mundo hostil al que le presentaban un mensaje renovador. El crítico panorama que vivían no los desanimaba pues de acuerdo al evangelio y a los signos de los tiempos, finalmente debía producirse el triunfo de la luz sobre las tinieblas.

Un papel clave en la postura religiosa de esos jóvenes, lo desempeñó el sacerdote Juan Salas Infante, párroco en ese entonces de San Juan Evangelista. Él impulsaba un movimiento de renovación litúrgica de raigambre benedictina y tenía círculos de estudios bíblicos. Aparte de su inteligencia y preparación, poseía un carisma muy especial, que fascinaba a las elites con inquietudes religiosas e intelectuales. Era milenarista y los análisis y comentarios bíblicos los efectuaba a partir de ese prisma. Sus seguidores se identifican con esa doctrina y redescubren a Lacunza. De hecho asociaban como signos de los tiempos, de carácter apocalíptico, al individualismo, la pérdida de la fe, las injusticias y el avance del ateísmo que se producía en esos años. Eyzaguirre escribía que el milenarismo «en la negra realidad histórica en que vivimos, trae un sano impulso de acción y pone una luz de optimismo con la espera del triunfo definitivo de Cristo en su gloriosa venida»²².

Entre 1938 y 1940 se producirá una polémica a través de la prensa, la que tuvo como protagonistas a Jaime Eyzaguirre, secretario de la revista *Estudios*, y al rector del seminario mayor de Santiago, Alejandro Huneeus. El primero de ellos sostenía que el milenarismo nunca había sido condenado por la Iglesia, mientras que el segundo señalaba que esa doctrina producía en sus adherentes un quietismo paralizante, estimulaba una actitud rebelde frente a la jerarquía y se acercaba al protestantismo por la devoción a las escrituras y el desprecio a la tradición²³. En vista de la resonancia de la polémica y de la penetración que el milenarismo lacunziano había alcanzado en el seminario mayor, la Conferencia Episcopal, en 1940, acordó prohibir «la difusión y la enseñanza pública o privada de la doctrina llamada milenarista, en cualquiera de sus formas»²⁴. En el intertanto, el Arzobispo de Santiago enviaba una carta a Santo Oficio pidiéndole un pronunciamiento debido a que en la Arquidiócesis existía un número creciente de admiradores del milenarismo y de la obra del padre Lacunza. El 11 de junio de 1941 la Inquisición prohibió la enseñanza del milenarismo mitigado por ser doctrina insegura, lo cual reiteró en un nuevo decreto publicado el 21 de julio de 1944. A raíz de esa determinación y de la muerte por esos días del presbítero Salas, el grupo milenarista de la parroquia de San Juan Evangelista se disolvió y sus miembros no volvieron a defender

22. Jaime EYZAGUIRRE, *La Iglesia Patristica y el Milenarismo*, en «Estudios» (junio de 1940).

23. «Estudios» (junio de 1938 y junio de 1940).

24. «Revista Católica», 873 (septiembre de 1940) 459.

dicha doctrina. En suma, la polémica en que se involucraron los jóvenes admiradores del milenarismo y Lacunza culminó en esa prohibición de la Iglesia, que fue la primera dictada en contra de la enseñanza de dicha doctrina. Por otra, cabe hacer notar que aquellos que se identificaron con el milenarismo eran personas de mentalidad conservadora. Esto se explicaría porque dicha doctrina les daba argumentos para creer en el triunfo final de Cristo, para interpretar los males de su presente en clave apocalíptica y para valorar la más antigua tradición de la Iglesia, la de los padres de la Patrística.

4. Lacunza después de 1944

Con posterioridad a la prohibición inquisitorial, el interés por Lacunza se circunscribe casi exclusivamente al ámbito académico. Entre los críticos a su obra se destacan los religiosos Francisco Mateos S.I. y Beltrán Villegas SS CC²⁵. El primero de ellos, junto con enfatizar la buena voluntad y arraigada fe que animaba a Lacunza, insinúa que su obra habría sido resultado de un espíritu trastornado por las vicisitudes del destierro. También, plantea que la prohibición inquisitorial de 1824 no sólo era cautelar, sino que respondía a sus cuestionables doctrinas²⁶. Por su parte, Beltrán Villegas dedicó al tema su disertación en el Ateneo Angelicum de Roma²⁷. Su objetivo era examinar si el Antiguo Testamento estudiado en su sentido histórico y literal ofrecía un argumento favorable al milenarismo. Concluye que dicho texto no contenía formalmente la doctrina del Reino mesiánico como etapa intermedia entre el siglo presente y la eternidad gloriosa.

Otro autor que mostró gran interés por Lacunza fue el historiador Mario Góngora. En 1969 publicó un compendio de *La Venida del Mesías* y además escribió dos artículos sobre el personaje. Para Mario Góngora, la obra de Lacunza, aunque no puede ser considerada como parte de las ideologías ilustradas, tenía un vínculo intelectual con la Ilustración Católica, como era el antiescolasticismo y la crítica a la tradición eclesiástica medieval y moderna; también rechazaba el crite-

25. Otros autores que escriben sobre Lacunza en este período son José ARTEAGA, *Temas apocalípticos y lacunzismo: 1880-1918*, en «Anales de la Facultad de Teología», 39 (1988); Ricardo DONOSO, *La prohibición del libro del Padre Lacunza*, en «Revista Chilena de Historia y Geografía», 135 (1967) y Walter HANISH, *El padre Manuel Lacunza (1731-1801): su hogar, su vida y la censura española*, en «Historia», 8 (Santiago 1969); ID., *Manuel Lacunza S. I. y el milenarismo*, en «Archivum Historicum Iesu», XI (1971).

26. Francisco MATEOS, *El Milenarismo mitigado. Méritos y errores de un insigne jesuita chileno*, en «Razón y Fe», 127 (Madrid 1943). También: *El padre Manuel Lacunza y el milenarismo*, en «Revista Chilena de Historia y Geografía», 115 (1950). Este es una refundición del anterior.

27. *El Milenarismo y el Antiguo Testamento a través de Lacunza*, Valparaíso 1951.

rio de autoridad y proclamaba el mayor peso de las Escrituras literalmente interpretadas²⁸. Por otra parte, Góngora considera que Lacunza, aunque cercano en algunos aspectos a la Ilustración Católica, se destaca al mismo tiempo por su postura contra la época de las luces²⁹. Es evidente que Góngora siente una gran simpatía por la figura de Lacunza y que es un admirador de su obra, lo cual adquiere una dimensión particular si se considera que este historiador, en su juventud, formó parte del grupo de seguidores del padre Juan Salas Infante y que en su madurez se identificó con un catolicismo tradicional e incluso, en determinado momento, estuvo cerca de las ideas de monseñor Marcel Lefebvre.

Por último, en esta esquemática reseña sobre los autores preocupados de Lacunza, habría que mencionar a aquellos que se han acercado a su obra desde la perspectiva de la Teología de la Liberación. Al respecto, Juan Bulnes Aldunate lo considera un verdadero precursor de esa corriente porque su proyecto utópico plantea la instauración de un reino de justicia en la tierra, al tiempo que lucha por la renovación de la Iglesia. De acuerdo a esa perspectiva, Lacunza valoraría lo material, tendría «una visión de la historia evolutiva y dialéctica, con la esperanza de un reino para los oprimidos y con la fe en un hombre nuevo liberado y señor del universo»³⁰. Por su parte Fredy Parra sostiene que frente a una historia caracterizada por una negación permanente de la justicia y paz universal, la esperanza mesiánica implica la superación de ese conflicto. Ante ese panorama, Lacunza rescata la esperanza judeocristiana proclamando la instauración del reino de Dios. De acuerdo con el proyecto de Lacunza, la «acción divina no suprime el mundo, sino que lo libera de la opresión»³¹.

5. Conclusión

Parece claro que la obra de Lacunza nunca ha dejado de despertar interés en ciertos círculos intelectuales del país. Y aunque no han faltado opiniones que sostienen que nadie la leía, la realidad demuestra que cada cierto tiempo algunos eclesiásticos y laicos, motivados por la doctrina que encierra, se han involucrado en su

28. Mario GÓNGORA, *Aspectos de la Ilustración Católica en el pensamiento y vida eclesiástica chilena (1770-1814)*, en «Historia» 8 (1969) 63 y 64.

29. Mario GÓNGORA, *La obra de Lacunza en la lucha contra el «Espíritu del Siglo» en Europa 1770-1830*, en «Historia» 15 (1980) 19.

30. Juan BULNES ALDUNATE, *Manuel Lacunza: Contenidos teológicos y filosóficos de su interpretación profética*, en Pablo RICHARD (ed.), *Raíces de la Teología Latinoamericana: nuevos materiales para la historia de la teología*, DEI, San José 1985, p. 118.

31. Fredy PARRA, *El reino que ha de venir: Historia y esperanza en la obra de Manuel Lacunza*, en «Anales de la Facultad de Teología» 44/2 (Santiago 1993) 209.

René Millar Carvacho

defensa o crítica pública. Lo interesante es que *La Venida del Mesías* no sólo ha enfrentado a milenaristas con antimilenaristas, sino que ha servido para fundamentar posiciones doctrinarias completamente antagónicas. Sectores de mentalidad conservadora la han visto como una obra disolvente y peligrosa, mientras que en otra época, personas que podrían identificarse con un ideario más o menos similar la defendían y valoraban. Por su parte, autores liberales la han criticado por inconducente y expresión de un talento mal aprovechado, al mismo tiempo que otros la consideran como precursora de los ideales renovadores que encarna la Teología de la Liberación. A los doscientos años de la muerte de Lacunza, su obra sigue despertando el interés de los intelectuales nacionales debido a su carácter controvertido y al hecho de ser el libro erudito de mayor impacto mundial que ha escrito un autor de nuestras tierras.

René Millar Carvacho

Pontificia Universidad Católica de Chile
Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política
Avda. Jaime Guzmán Errázuriz, 3300 (Providencia)
Santiago de Chile
rmillarc@puc.cl